

**José Olavarria “Los estudios de masculinidades en América Latina.
Una interpretación”**

en *Anuario Social y Político de América Latina y el Caribe* Volumen N° 6

Año: 2002-2003., San José Costa Rica. pp 91-98.



Los estudios sobre masculinidades en América Latina

Un punto de vista

INTRODUCCIÓN

En los últimos años se ha comenzado a señalar que la masculinidad está en crisis. Desde distintos ámbitos toma fuerza el debate en torno de los hombres, de su forma de ser varones, de su masculinidad. Se plantean apreciaciones, cuestionamientos y críticas sobre distintos aspectos de sus vidas: el ejercicio que hacen de su paternidad y la lejanía que tienen con hijos y parejas, la escasa participación en la salud sexual y reproductiva de sus mujeres, o el grado de violencia que manifiestan tanto en el hogar como en las calles, por mencionar algunas. Entre los propios varones se escuchan voces que reclaman más tiempo para estar en sus hogares con los suyos, que desean participar activamente en la crianza y acompañamiento de sus hijos, que las condiciones de trabajo son cada vez más exigentes en tiempo, horarios y las remuneraciones son insuficientes para darle a sus familia una calidad de vida que consideran elementalmente aceptable. Surgen, asimismo, demandas desde organizaciones de homosexuales por el reconocimiento de sus derechos y de la diversidad.

En el trasfondo del debate que se ha generado en relación con la crisis de la masculinidad la pregunta que se plantea es si ésta afecta fundamentalmente a los hombres o es parte de un proceso mayor. La hipótesis que ha sido aceptada crecientemente es que ha entrado en crisis no solo la masculinidad, sino las formas en que se estructuró la vida entre hombres y mujeres durante gran parte del siglo XX. Se afirma que es una crisis de las relaciones de género, que en el caso de los

José Olavarría

Sociólogo, Flacso-Chile

Nota: Este artículo está en el contexto del proyecto Fondecyt 1010041 y del proyecto institucional Flacso-Chile con la Fundación Ford.



varones se estaría manifestando como crisis de la masculinidad, como lo señala Robert Connell.

Es a partir de los años 70 —y especialmente de «la década perdida» de los 80— cuando se comenzó a hacer visible la crisis del sistema de sexo/género¹ predominante en la región, debido a un conjunto de procesos que se potenciaron entre sí y a actores que tenían y tienen intereses que pugnan por imponerse. Entre los procesos se destacan los generados por las políticas de ajuste económico, la reformulación del papel del Estado, la creciente globalización de la economía y de los intercambios culturales, la ampliación de los derechos humanos a derechos específicos de las mujeres y niños, el reconocimiento de la diversidad social, los cambios demográficos y la presencia de la pandemia del VIH/sida.

Por su parte, los actores sociales en pugna² establecen alianzas entre algunos de ellos, según sea el área de conflicto, y tratan de imponer sus criterios en los procesos mencionados a través de sus partidos políticos, organizaciones empresariales, religiosas, gremiales, ONGs, medios de comunicación social, páginas web, a los que controlan de manera desigual.

Estos procesos sociales y las actorías que tratan de condicionarlos a sus intereses han tenido un fuerte impacto, no siempre buscado, en la forma como se relacionan hombres y mujeres, y en las relaciones e identidades de género. Sus consecuencias se observan especialmente en la vida familiar y el trabajo, en la política sobre los cuerpos y las tendencias demográficas, en la intimidad y las vivencias subjetivas de las personas, y en la institucionalidad.

Vida familiar y trabajo

El sistema de sexo/género que ha entrado en crisis es el que se estructuró a partir de la revolución industrial, con la separación del lugar de trabajo y la vida familiar (Jelin). Se comenzó a consolidar en el sector urbano de la región desde fines del siglo XIX y especialmente en las siete primeras décadas del siglo pasado. El orden social que entonces se pregonó trató de instaurar un tipo de familia distinta a la prevaleciente en la sociedad agraria y tradicional: la familiar nuclear patriarcal³, donde el varón, como autoridad paterna y guía, proveía y dominaba sin contrapeso la vida cotidiana, distinguía entre lo público y lo privado —el trabajo, la política y la calle para los hombres y la crianza, acompañamiento de los hijos y cuidado del hogar para las mujeres—, y establecía la división sexual del trabajo —los hombres en la producción y las mujeres en la reproducción. Eran parte, asimismo, de este orden familiar el amor romántico, la libertad para elegir cónyuge y el matrimonio para toda la vida.

Ello fue acompañado de una legislación, especialmente tomada del derecho civil napoleónico, que le daba la autoridad al varón dentro de la familia y exigía obediencia de la mujer, y de una organización del

trabajo que permitiría a los hombres ser proveedores principales o únicos del hogar mientras las mujeres criaban y cuidaban de sus hijos y hogar, aunque esto último fue en muchos casos más un discurso ideológico que un logro efectivo.

La organización del trabajo, que permitió este tipo de relaciones entre hombres y mujeres, se basó en el trabajo asalariado y en el contrato laboral —en principio indefinido— para esos asalariados mayoritariamente hombres, y se sustentó en políticas de redistribución del ingreso para mejorar la calidad de vida de las familias de clase media y obreras y, en la medida que los recursos del Estado lo permitían, en políticas habitacionales (la vivienda social), servicios de educación y de salud, ambos públicos y gratuitos, (de educación obligatorio hasta cierto grado), y diversos subsidios. Se estableció así un pacto que conciliaba trabajo y familia, producción y reproducción: el orden social descansaba en ello (Olavarría 2002a).

Las tendencias demográficas y los cuerpos

La situación demográfica entre 1950 y 1955 mostraba para la región una tasa global de fecundidad de 5,9 hijos por mujer, la esperanza de vida estaba en torno de los 50 años (53,5 las mujeres y 50,2 los hombres en el mismo periodo) (Valdés/Gomáriz) y permitía un ciclo de vida que se completaba generalmente cuando los hijos del matrimonio único e indisoluble alcanzaban cierto grado de autonomía; luego los progenitores morían. La sexualidad de las parejas estaba marcada por la reproducción, no había anticonceptivos de uso masivo y ésta era en gran medida controlada por los varones, toda vez que de ellos dependía la gestación de los hijos, al controlar a sus mujeres, que les debían obediencia.

Las relaciones de género estaban asimismo basadas en la interpretación y construcción que se hizo del cuerpo de hombres y mujeres desde el enciclopedismo

1. Se entiende por sistema de sexo/género aquel conjunto de prácticas, símbolos, representaciones, normas y valores sociales que las sociedades elaboran a partir de la diferencia sexual anátomo-fisiológica y que dan sentido a la satisfacción de los impulsos sexuales, a la reproducción de la especie humana y, en general, a las relaciones que las personas establecen entre sí; son la trama social que condiciona las relaciones de los seres humanos en tanto personas sexuadas (De Barbieri; Rubin).
2. Es el caso, p. ej., de los grupos económicos transnacionales y sus asociados locales; sectores conservadores; la jerarquía de la Iglesia católica y algunas agrupaciones laico-religiosas en su interior; las iglesias protestantes; las organizaciones de trabajadores, de pobladores, de campesinos, las agrupaciones étnicas; el movimiento de mujeres; el naciente movimiento homosexual, por señalar algunos.
3. Entendemos por patriarcal al sistema de dominación que permite a los hombres controlar las capacidades de las mujeres (reproductiva, erótica y fuerza de trabajo, entre otras), por patriarcal al que ejerce ese dominio, y por familia nuclear patriarcal a aquella familia nuclear donde los miembros están subordinados a un padre patriarcal.



y la revolución francesa y que tuvo gran influencia en la región. Cuerpo de mujeres definidos como pasivos, contrapuestos a los de varones, activos y muchas veces incontrolables. Las justificaciones de ese orden de los cuerpos y de las relaciones de género las dio en cierta forma la ciencia, especialmente la medicina, que justificó lo que antes hacía la teología y la moral. La mayoría de los médicos creyó que los métodos seguros e imparciales de la ciencia probaban que las mujeres no eran capaces de hacer lo que hacían los hombres y viceversa. Las mujeres, se concluyó, eran en definitiva criaturas menos castigadas por la pasión, tendencia egoísta y destructiva, y mejor dotadas de sentimientos de solidaridad y de esa clase de serenidad corporal que se requería para ser el centro que irradiase la nueva moralidad (Laqueur).

Lo anterior supuso una distinción marcada entre «los sexos», una dicotomía de intereses, incluso antagónicas («la batalla de los sexos») que solo podía resolverse de manera precaria. Los hombres son hombres y las mujeres son mujeres; el «sexo» es una fuerza natural irresistible, un «imperativo biológico» misteriosamente ubicado en los genitales (sobre todo en los órganos masculinos), que arrasa con todo lo que tiene enfrente (Weeks). Les señalaba a los varones que la heterosexualidad era lo normal, lo sano, e imponía un límite relativamente preciso que no era posible traspasar, y dentro del cual les era permitido comportamientos que afirmaban su poder y arbitrariedad en relación con las mujeres (Olavarría 2002b). Más allá estaba lo abyecto (Butler; Fuller 1997).

Su consecuencia fue un modelo piramidal del sexo, una jerarquía sexual que se extendió/extiende hacia abajo desde la corrección aparentemente otorgada por la naturaleza al coito genital heterosexual hasta las extrañas manifestaciones de lo «perverso», que se espera esté bien enterrado en la base, pero que desafortunadamente siempre brota en lugares dudosos (Weeks). Es un modelo sexista y heterosexista—los hombres son más importantes que las mujeres, y los/as heterosexuales son los/as normales, los/as homosexuales son pervertidos/as—y homofóbico (Olavarría 2001a).

Subjetividad e institucionalidad

Este orden de género, estaba y está profundamente asociado a la subjetividad e identidad de las personas, a cómo sentían y actuaban en cuanto hombres o mujeres, a lo que se estimaba era lo masculino y lo femenino. Se sostuvo y sostiene en los espacios y relaciones interpersonales, en la vida íntima, y se legitima en el nivel más profundo de la conciencia de todos y todas. Interpreta sus identidades de género como parte de la naturaleza, de la biología. La vida es así, hay que aceptarla como viene. A la vez le señala a los hombres que para llegar a ser adultos en plenitud deben someterse a una ortopedia, ser hombre requiere

de un aprendizaje. Es un camino difícil, pero tiene sus recompensas (Fuller 2001, Olavarría 2001a, Viveros 2002).

Las relaciones de género que se consolidaron durante el siglo XX, con sus inequidades en los distintos ámbitos de las vidas de hombres y mujeres, tuvieron y tienen un importante componente institucional que las hizo posibles y permitió su desarrollo, legitimación y reproducción. La consolidación de este orden ha estado asociada a mecanismos de reproducción que están insertos en los distintos espacios de la vida de las personas: los propios núcleos familiares, donde los padres enseñan a los hijos lo que se debe hacer; la educación formal, que educa e instruye en relación con este tipo de relaciones de género; un ordenamiento jurídico que lo hizo posible mediante legislación, derechos y códigos, jurisprudencia y administración de la justicia; la organización del trabajo, que posibilitó la conciliación trabajo/familia; la política en relación con los cuerpos, que implementó mecanismos de reproducción que indicaban e indican lo que era natural, normal y aceptable, y desarrolló instrumentos de vigilancia que estuvieran presentes tanto en la vida social como íntima de hombres y mujeres.

Actorías sociales

Detrás de estos procesos había y hay actorías sociales con intereses en relación con cómo debía y debe ordenarse la vida social. Ese orden era y es impulsado desde actores influyentes en una institucionalidad que lo difundía, reproducía en las nuevas generaciones y premiaba, reprobaba y castigaba. Parte importante de las políticas públicas y del uso de recursos públicos han ido dirigidos en ese sentido. Desde la política de policía de la familia, que a fines del siglo XIX e inicios del XX—tal como lo habían hecho en la Europa del siglo XVIII (Doncelot)—llevó a los actores sociales principales a concordar en los hechos un orden social: los empresarios del capitalismo emergente que buscaban estabilizar la fuerza de trabajo para las industrias y explotaciones mineras nacientes, la jerarquía católica y los sectores conservadores que intentaban moralizar a los pobres y fomentar la vida familiar, especialmente de los que vivían en las ciudades, la incipiente clase media que presionaba a través de sus partidos y organizaciones gremiales por una mejor calidad de vida, y el movimiento obrero con sus reivindicaciones por trabajo estable y salario familiar digno.

CRISIS Y CAMBIO

En las últimas décadas del siglo pasado comenzó a entrar en crisis ese orden de género, cuando se resintieron las bases principales en que se sustentaba. Algunos componentes del andamiaje comenzaron a desintegrarse.



La conciliación entre vida familiar y trabajo se vio fuertemente afectada desde los años 80 con las políticas de ajuste y la reformulación del papel del Estado. La pérdida significativa de puestos de trabajo estables, mayoritariamente ocupados por hombres, y la incorporación masiva de mujeres a trabajos precarios marcó uno de los puntos de inflexión. Un porcentaje importante de mujeres era parte del mercado de trabajo desde antes, pero a partir de los 80 se produce su ingreso masivo para buscar ingresos que complementen los de su pareja y mejorar la calidad de vida de sus hogares o directamente para proveerlos ante la ausencia del varón.

En las décadas recientes se constata un proceso de empoderamiento de las mujeres: creciente autonomía por ingresos propios, más años de escolaridad y mayor calificación de los puestos de trabajo que ocupan, algunos hasta hace poco ejercidos exclusivamente por varones. No solo trabajadoras pobres con escasa capacitación, sino también mujeres calificadas, profesionales expertas, ejecutivas del sector público, empresarias. Ello afectó una de las bases del orden de género al erosionar la rígida separación entre lo público y lo privado y, en alguna medida, la división sexual del trabajo. La capacidad de proveer del varón se vio y se ve, en muchos casos, disminuida e insuficiente para mantener su núcleo familiar al precarizarse su trabajo, tanto en los montos de remuneración como en la estabilidad en sus puestos. La autoridad del hombre como jefe de hogar ha sido afectada al ser más precaria su calidad de proveedor (Olavarría 2001b, 2002a).

El pacto de conciliación entre trabajo y familia, que había sido la base del orden a lo largo de gran parte del siglo xx, quedó en los hechos desahuciado por quienes tuvieron el poder y la capacidad de redefinir el papel del Estado en las últimas dos décadas. El Estado, garante de la conciliación entre la vida familiar y la organización del trabajo, se transformó en subsidiario de la actividad privada, la que rediseñó en función de sus intereses y de las demandas de una economía que se globaliza. Las políticas redistributivas, de estabilidad en los puestos de trabajos, dejaron de ser tales, los servicios públicos de salud y educación se privatizaron en parte y bajó su calidad de atención. Los menguados recursos del Estado se orientaron y orientan a los grupos de extrema pobreza. Los problemas que enfrentan las familias también se privatizaron, son de su propia incumbencia. La familia nuclear patriarcal entra en crisis.

Asimismo, entra en crisis la política que había dominado sobre los cuerpos. Desde los años 60 comenzó la masificación de los anticonceptivos femeninos, inicialmente promovidos como una forma de disminuir la tasa de fecundidad entre las familias más pobres. Ésta disminuyó, pero los anticonceptivos además permitieron que las mujeres controlaran crecientemente su fecundidad y muchas pudieron redefinir su propia sexualidad y comportamientos reproductivos.

No solo era tener hijos y planificarlos, también se podía gozar de la intimidad sexual. A partir de ese momento las decisiones reproductivas pasaron, en gran medida, a ser mediadas por las mujeres como no lo había sido antes en la historia de la humanidad: pero se las hizo responsables de la salud reproductiva y su cuerpo se transformó en objeto de experimentación e intervención para la anticoncepción.

En este periodo se presentan importantes cambios en el perfil demográfico de la población de la región: disminuye significativamente la tasa de fecundidad (a 2,7 hijos por mujer entre 1995 y 2000), aumenta considerablemente la esperanza de vida (73,3 años para las mujeres y 66,8 para los hombres en el mismo periodo) (Cepal).

Todo ello ha cambiado profundamente la relación con los cuerpos. Se distingue entre sexualidad y reproducción, como experiencias diferentes. Solo se tienen dos o tres hijos en la vida, pero la intimidad sexual se puede extender por muchos años. Adquieren cada vez más importancia las expresiones y experiencias de comunicación con el cuerpo, el placer. El cuerpo pasa a ser un campo de dominio personal y una expresión de la propia identidad: se puede cuidar, modelar, ornamentar según el propio juicio.

A partir de la epidemia del VIH/sida, la homosexualidad y la población homosexual pasan a ser visibles. Se reconoce su presencia en distintos ámbitos: sus vidas, relaciones sociales, vida de pareja, centros de diversión y encuentro, se crean organizaciones que los representan y comienzan a asumir actoría social y a formular una agenda propia.

Los procesos antes mencionados, así como la globalización cultural y el conocimiento de otras formas de vivir, sentir y actuar impactan profundamente en las subjetividades e identidades de hombres y mujeres, tanto en su intimidad, en la vida familiar, como en la relación con los cuerpos propios y ajenos; les lleva a cuestionar muchos de los aprendizajes y mandatos sociales sobre qué se espera de hombres y mujeres. Para muchos varones la forma dominante de ser hombre, la que ha hegemonizado la masculinidad, resulta lejana y ajena a sus vivencias, y contradice lo que quisieran ser y hacer. Si antes, en muchos/as, generaba culpa no adaptarse a las mandatos, hoy a lo más produce vergüenza.

La institucionalidad que legitimaba y sigue legitimando este tipo de relaciones de género y de masculinidad, no tiene respuestas para muchos de los dilemas que se presentan, y pasa a ser cuestionada crecientemente. La familia tradicional, la organización del trabajo, la educación formal y los sistemas de salud, la juridicidad y la administración de justicia, la programación de la televisión y sus libretos y programas, por señalar algunos asuntos, pasan a ser centro del debate.

En este sentido tanto la vida familiar como la organización del trabajo, la política sobre los cuerpos,



y la subjetividad e identidad de hombres y mujeres son objeto de disputa por parte de actores sociales que pugnan entre sí. Algunos para mantener su dominio, legitimando un orden quizás mucho más autoritario y conservador, y otros/as por una sociedad que acepte y reconozca la diversidad, más justa, equitativa y democrática. La lucha ideológica y el enfrentamiento cultural están en la discusión diaria. El debate entre posiciones conservadoras que tratan de mantener el orden tradicional, aunque sea con otra cara, y las posiciones progresistas que fomentan el desarrollo de la ciudadanía, la participación y la transparencia en un proceso democrático, está presente.

LOS ESTUDIOS DE MASCULINIDAD

Es en el contexto descrito donde surgen los estudios sobre masculinidades. Las primeras reflexiones y teorizaciones sobre las inequidades entre hombres y mujeres, a partir de una perspectiva de género en la región, son planteadas por feministas latinoamericanas, especialmente académicas, que analizan las relaciones e identidades como construcciones sociales, culturalmente específicas, históricas y espacialmente situadas, antes que como datos naturales. Los escritos que comenzaron a visibilizar la situación de la mujer en distintos ámbitos de los países de la región, también impulsados por feministas, ampliaron el campo de preguntas sobre los hombres, en la medida que se iba haciendo evidente la situación de subordinación de las mujeres y de dominio de los hombres en los distintos espacios sociales.

En los años 80 comienza en las ciencias sociales, de manera sistemática y acumulativa, la investigación sobre los hombres. Éstos pasan a ser objeto de estudio. Sus cuerpos, subjetividades, comportamientos y aquello denominado «lo masculino» es sometido a escrutinio científico. Se comienza a «de-construir» la masculinidad, a «desnaturalizarla» (Valdés).

Desde hace aproximadamente 10 años diversos estudios y encuentros nacionales y regionales de investigadores/as y responsables de políticas y programas públicos debaten sobre la crisis que estaría afectando a los hombres y a la masculinidad dominante, y han planteado respuestas e hipótesis, algunas de las cuales se transformaron en libros y artículos. Son múltiples las reflexiones y trabajos sobre este tema. Para los fines de este artículo se hizo en enero de 2003 una revisión de las publicaciones de carácter académico que han tenido como objeto de estudios los hombres y las masculinidades en América Latina y el Caribe y se encontró un total de 665 títulos a partir de 1990, sin contar las tesis ni memorias de grado. El año de mayor producción fue 1998 con 133 referencias, y los países con mayor edición fueron Chile (152), México (106), Brasil (79), Perú (58), Estados Unidos (58) y Argentina (43). Casi 60% de las referencias corresponde a artículos en revistas o libros⁴.

Los primeros trabajos tuvieron como objeto develar el machismo y el marianismo en la región, como dos expresiones de identidades y relaciones de género que interactuaban entre sí y que serían prevalentes desde la época de la conquista, y algunos de cuyos rasgos permanecerían en la vida social. Según Norma Fuller estos estudios se enfocaron en el fenómeno del machismo, entendido como la obsesión de los varones por el dominio y la virilidad, la posesividad de la propia mujer, la agresión y la jactancia con otros hombres y sus consecuencias negativas para las relaciones padre-hijo. Precursor de esta mirada fue Octavio Paz (1959).

A partir especialmente de la segunda mitad de los años 90 se abrió el tipo de preguntas e intereses en torno de los estudios de masculinidades. Es posible distinguir diversas líneas de investigación y debate que han permanecido en el tiempo, se han conformado algunos equipos de trabajo y colaboración nacionales y regionales, y se han planteado una cantidad importante de iniciativas esporádicas, dependiendo del interés de algún/a investigador/a, de financiamientos puntuales y, especialmente de tesis de grado y posgrados. IPPF/CVS, Olavarría (2000), Valdés, Valdés/Olavarría, y Viveros (2003) han hecho análisis del estado del arte que ofrecen un panorama desde sus perspectivas.

La reflexión colectiva que se ha dado en la región es muy rica y variada, dentro de ella es posible distinguir distintas líneas de trabajo, complementarias entre sí. Para este artículo se va a señalar solo algunas de ellas: identidades masculinas, salud sexual y reproductiva, paternidades, y varones jóvenes y adolescentes. Es, por supuesto, una visión limitada, desde el Sur, que desgraciadamente simplificará el rico debate existente, y por la extensión del artículo no se mencionarán nombres ni escritos, para ello ver la referencia a pie de página.

Identidades masculinas

Esta línea surge fundamentalmente desde la academia, con preguntas que se han hecho desde su inicio los estudios feministas. Su atención está en cómo los hombres construyen su masculinidad y cómo se asocia ésta con la sexualidad, la reproducción, la paternidad, el trabajo y la violencia. Sus focos principales de atención han sido las identidades masculinas, los procesos subjetivos, los modelos de masculinidad dominantes y las contradicciones y conflictos que enfrentan los hombres en la vida cotidiana y en la relación con las mujeres y otros hombres. Existe en estos estudios un amplio acuerdo de que la masculinidad no se puede definir fuera del contexto socioeconómico, cultural e histórico en que están insertos los

4. Cf. R. Parrini en página web de Flacso-Chile (Red de Masculinidades).



varones y que ésta es una construcción cultural que se reproduce socialmente. Coinciden, asimismo, en que hay una versión de la masculinidad en la región, especialmente en los sectores urbanos, incorporada en la subjetividad tanto de hombres como de mujeres, que ha pasado a ser parte de sus identidades y regula las relaciones genéricas. Este patrón del deber ser de los hombres se ha impuesto sobre otros, transformándose en dominante, «hegemónico». Su observancia produce tensiones, frustraciones y dolor en muchos hombres y mujeres, porque no corresponde a su realidad cotidiana ni a sus inquietudes e intereses.

Desde las identidades masculinas se ha profundizado en las sexualidades. Los estudios sobre identidades de género de los hombres se han preguntado cómo los varones construyen sus identidades sexuales y cuáles son los referentes con los que se comparan y son medidos; los procesos de socialización y de homosociabilidad en los que están insertos; las tensiones y conflictos a los que se ven sometidos y sus prácticas según la verbalización que hacen de ellas. Los estudios señalan que la experiencia sexual es el resultado de un complejo conjunto de procesos sociales, culturales e históricos que explican la construcción de la sexualidad y la diversidad de sus manifestaciones (Parker 1999, 2003).

Los estudios sobre identidades masculinas heterosexuales han buscado hacer visible el referente dominante, hegemónico en términos de Connell, en el que son socializados los hombres. Hay acuerdo en que el modelo de masculinidad dominante, hegemónico, asocia elevados niveles de actividad sexual con la masculinidad; que entre los hombres, cualquiera sea su condición, está ampliamente presente la idea de que el deseo sexual es un instinto, determinado biológicamente, que les es difícil controlar; que los varones distinguen entre sexo y amor, «se hace el amor» con la mujer amada y «se tiene sexo» con las otras. El sexo se asocia con la posibilidad de satisfacer el deseo y es visto como una reafirmación de su masculinidad ante ellos mismos y para ser mostrada a los otros hombres. La sexualidad «normal y sana» sería la heterosexual y las otras estarían en el campo de lo abyecto, anormal y de la enfermedad. En ese modelo los varones son tradicionalmente socializados, y deben mostrar a los otros y otras su importancia y heterosexualidad. Ello conflictúa a muchos hombres y genitaliza la sexualidad masculina.

En años recientes la investigación y la reflexión apuntan a distinguir entre sexualidad —cuerpos con deseo, goce y placer que interactúan entre sí—, y reproducción —fecundidad, planificación familiar y paternidad.

Los estudios sobre identidades homosexuales se han centrado en los profundos impactos que han tenido en las últimas dos décadas los cambios de la política sobre los cuerpos y el VIH/sida en las construcciones de identidad. Transformaciones que no

solo están presentes en las expresiones emergentes de las comunidades *gay* sino también en las vivencias íntimas de las prácticas sexuales que han sido reestructuradas e reinventadas a partir del VIH/sida. Los trabajos de Parker, referidos especialmente al Brasil, profundizan en las relaciones entre sexualidad, política y cultural, entre la economía política de la sexualidad y la globalización.

Algunos estudios han ahondado en identidades homosexuales y prácticas sexuales; en los conflictos que se producen al dar a conocer la orientación sexual. Se ha investigado también a hombres que identificándose como heterosexuales mantienen prácticas homosexuales a través de las cuales reafirmarían su identidad sexual. Unos pocos estudios se han focalizado en la homofobia, el rechazo hacia los varones homosexuales, describiendo las diversas opiniones de varones heterosexuales y sus divergencias.

Salud sexual y reproductiva

La salud sexual y reproductiva de los hombres es otra de las líneas temáticas que ha tenido continuidad. Está asociada a la intervención y formulación de políticas públicas. Tiene su origen en gran medida en el Programa de Acción de El Cairo y la Plataforma de Acción de Beijing, que buscan involucrar a los hombres en la salud sexual y reproductiva de las mujeres y en la prevención de la violencia doméstica. Estos estudios han estado orientados a tratar de comprender los comportamientos que tienen los varones con su propia salud sexual y la su pareja, y cómo es posible intervenir en ellos para prevenir riesgos y preservar la salud. Parte importante de la producción ha estado referida al papel e influencia que ejercen los varones en las decisiones reproductivas de las mujeres. Se ha estudiado también el conocimiento y las prácticas que tienen los varones sobre su propio cuerpo y el de mujeres y cómo éstos están presentes en sus comportamientos respecto de la reproducción y la anticoncepción.

La actitud de los hombres sobre el uso de anticonceptivos ha sido otro de los aspectos documentados. Se ha constatado que aunque conozcan sobre métodos anticonceptivos hay una brecha entre el conocimiento y su uso. También se ha ahondado en relación con la esterilización masculina, la vasectomía y los motivos que impulsan a hombres a ello.

Ha habido una producción importante sobre VIH/sida y sexo entre hombres. En estos estudios se ha focalizado la atención en las repercusiones de la epidemia y las respuestas que se le han dado; en la prevención de la infección y reducción de su impacto social tanto en la población homosexual como heterosexual, y en la distinción entre hombres homosexuales y HSH, los hombres que tienen sexo con otros hombres.

En este campo hay líneas emergentes importantes asociadas a los derechos sexuales y reproductivos y a la



participación de los varones en las decisiones reproductivas de las mujeres. Los trabajos de J.G. Figueroa en México han profundizado esta reflexión.

Paternidad

Esta línea de trabajo ha sido impulsada desde la academia e instituciones que buscan intervenir en las relaciones entre padres e hijos. Se ha analizado cómo los hombres construyen su paternidad, cómo la ejercen, qué esperan de ella y de su relación con los hijos, en qué medida se han visto afectados como padres por los cambios sociales de las últimas décadas. Al igual que en la masculinidad, en este campo hay una diversidad de experiencias, es decir, «paternidades» que traducen formas distintas de ser padre y de ejercer sus atributos. Según algunos estudios, la paternidad está fuertemente asociada a la identidad de género, y en ella se manifiestan las características de un modelo dominante de masculinidad en los varones, que se da en las relaciones con la madre de sus hijos y con sus hijos. Las etapas del ciclo de vida de los varones se hacen presentes en la forma en que se ejerce la paternidad: es distinta la de un hombre de 20 años con un hijo de meses de la de un hombre de 50 con hijos que están en el mundo del trabajo o terminando sus estudios. La paternidad, por tanto, está asociada a diversos factores como la etapa de vida del padre, el contexto histórico y cultural y el grupo social al que pertenece.

Se ha investigado sobre el significado que tiene para los hombres la paternidad, el lugar que ocupa en sus proyectos de vida, las dificultades que enfrentan y las modificaciones que perciben. Hay interesantes reflexiones sobre sus representaciones y experiencias, las transformaciones en curso en la relación padre-hijo y en el cuestionamiento a los discursos vigentes sobre masculinidad y paternidad desde los varones

Hombres jóvenes y adolescentes

Los estudios sobre varones jóvenes y adolescentes apuntan a conocer cómo estos hombres interpretan sus mundos sociales y culturales, construyen sus identidades y sexualidades, evalúan y se integran en el mundo de los adultos y establecen las relaciones con otros hombres y con las mujeres. Las investigaciones han entregado elementos para comprender los procesos a través de los cuales se hacen adultos y consolidan modelos de relaciones de género, los significados de esta etapa de sus vidas, los sentidos subjetivos que adquieren sus prácticas, y los contextos familiares, escolares, barriales y sociales en los que se sitúan.

En esta línea de trabajo confluyen en el último tiempo investigaciones desde la academia y formulación de políticas públicas e intervenciones que apun-

tan a la generación de conocimientos que colaboren en la formulación de políticas y de programas. Se ha querido comprender los comportamientos de búsqueda y las situaciones de riesgo a las que se exponen los adolescentes y los hombres jóvenes en la construcción de identidades que les caractericen como varones adultos.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Las preguntas que tratan de responder los estudios de género y masculinidades están ubicados en la imbricada mixtura y profunda interdependencia que se genera entre los procesos macrosociales y culturales, la institucionalidad, las relaciones interpersonales, las subjetividades, la intimidad y los cuerpos de las personas. Cuando se observa analíticamente cada uno de estos ámbitos se hace evidente que están siendo objeto de profundas transformaciones y que se ha comenzado a desestructurar el orden que se había establecido en cada uno de ellos durante gran parte del siglo XX. Asimismo, cada vez es más evidente que estos procesos están íntimamente relacionados con actorías sociales que tratan de impregnarlos con su impronta y sus intereses.

Son profundos los efectos que tienen en la vida cotidiana de las personas y de cada uno/a de nosotros/as los procesos y actorías mencionados. No somos ajenos a los temas de la agenda pública, las políticas macroeconómicas que se implementan, la legislación que entra en vigencia, el uso que se da a los recursos del Estado, o, si se mira desde otro espacio, no somos indiferentes a la programación de la televisión, sus líneas editoriales y lo que se publica e informa (o no) en las grandes cadenas de televisión y diarios. La acción de quienes deciden sobre estos procesos y recursos no es ingenua, aunque no sean conscientes de ello los que controlan dichos recursos y quienes implementan sus políticas y programas.

Los estudios de género analizan las sociedades desde los imbricados recursos de poder que han permitido la subordinación de las mujeres por los hombres, y de algunos hombres por otros hombres, y profundizan en las inequidades, la represión de la diversidad, en lo hegemónico, así como en las actorías, el reconocimiento de la diversidad y la construcción de la equidad y de los derechos. Estos estudios han permitido la formulación y reformulación de un importante instrumental conceptual de análisis, cuyo origen está en las ciencias sociales, para explicarse lo que sucede en el conjunto de nuestras sociedades. Desde aquí es posible analizar procesos y actorías sociales; institucionalidad, subjetividad y cuerpos; economía y familia; derecho, administración de justicia y equidad y diversidad; reproducción social e identidades, por señalar algunas de las cuestiones en debate.



BIBLIOGRAFÍA

- Butler, Judith: *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del «sexo»*, Paidós, Buenos Aires, 2002.
- Cepal: *Anuario estadístico de América Latina y el Caribe 2001*, Cepal, Santiago de Chile, 2002.
- Connell, Robert: *Masculinities: Knowledge, Power and Social Change*, University of California Press, Berkeley, 1995.
- De Barbieri, Teresita: «Sobre la categoría de género. Una introducción teórico-metodológica» en *Revista Interamericana de Sociología* VI(2), 1992.
- Donzelot, Jacques: *La policía de las familias*, Pre-textos, Valencia, España, 1979.
- Fuller, Norma: *Identidades masculinas. Varones de clase media en el Perú*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1997.
- Fuller, Norma: *Masculinidades. Cambios y permanencias*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 2001.
- IPPF/AVCS: «Resumen de publicaciones», simposio sobre «Participación masculina en la salud sexual y reproductiva: nuevos paradigmas», Oaxaca, 1998.
- Jelin, Elizabeth: «Las familias en América Latina» en ISIS (ed.): *Familias siglo XXI*, Edición de las Mujeres N° 20, Santiago de Chile, 1994.
- Laqueur, Thomas: *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*, Ediciones Cátedra, Instituto de la Mujer, Universitat de Valencia, Madrid, 1994.
- Olavarría, José: *Identidades masculinas, violencia de género y cultura de la paz. Antecedentes para el debate en América Latina*, Flacso-Chile / Unesco, 2000.
- Olavarría, José: *¿Hombres a la deriva? Poder, trabajo y sexo*, Flacso-Chile, Santiago de Chile, 2001a.
- Olavarría, José: *Y todos quieren ser (buenos) padres. Varones de Santiago de Chile en conflicto*, Flacso-Chile, Santiago de Chile, 2001b.
- Olavarría, José: «Hombres: identidades, relaciones de género y conflictos entre trabajo y familia» en José Olavarría y C. Céspedes: *Trabajo y familia: ¿conciliación? Perspectivas de género*, Flacso-Chile / Sernam / Centro de Estudios de la Mujer (CEM), Santiago de Chile, 2002a.
- Olavarría, José: «Hombres y sexualidades: naturaleza y cultura» en José Olavarría y Enrique Moletto: *Hombres: identidades y sexualidades*, Flacso-Chile / Red de Masculinidades / UAHC, Santiago de Chile, 2002b.
- Parker, Richard: *Beneath the Equator*, Routledge, Nueva York, 1999.
- Parker, Richard: «Changing Sexualities: Masculinity and Male Homosexuality in Brazil» en Matthew Gutmann (ed.): *Changing Men and Masculinities in Latin America*, Duke University Press, 2003.
- Parrini, Rodrigo: *Catálogo bibliográfico de publicaciones académicas sobre hombres y masculinidades. América Latina y el Caribe (1990-2003)*, Flacso-Chile, Santiago de Chile, 2003.
- Rubin, Gayle: «El tráfico de mujeres. Notas sobre la «economía política» del sexo» en Marra Lamas (comp.): *Género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, Programa Universitario de Estudios de Género, Universidad Autónoma de México, México D.F., 1996.
- Valdés, Teresa: *Nuevas relaciones entre mujeres y hombres. Desafíos para políticas públicas*, Sernam / PUND, Santiago de Chile, 2001.
- Valdés, Teresa y E. Gomáriz: *Mujeres latinoamericanas en cifras. Tomo comparativo*, Instituto de la Mujer / Flacso-Chile, Santiago de Chile, 1995.
- Valdés, Teresa y José Olavarría: «Los estudios sobre masculinidades en América Latina: cuestiones en torno de la agenda internacional», simposio sobre «Participación masculina en la salud sexual y reproductiva: nuevos paradigmas», Oaxaca, 1998.
- Viveros, Mara: *De quebradores y cumplidores. Sobre hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia*, CES / Universidad Nacional / Fundación Ford / Profamilia Colombia, Bogotá, 2002.
- Viveros, Mara: «Contemporary Latin American Perspectives on Masculinity» en Matthew Gutmann (ed.): *Changing Men and Masculinities in Latin America*, Duke University Press, 2003.
- Weeks, Jeffrey: *Sexualidad*, Paidós / UNAM / PUEG, México, 1998.